

Hoy es la Fiesta de la Divina Misericordia, de la vida nueva con Jesús Resucitado



FELICIDAD IZAGUIRRE

El mal tiene un límite: la misericordia de Dios. Todos experimentamos cada día el mal en nosotros y en la sociedad, y tenemos la tentación de pensar que nada tiene solución, que todo es un fracaso, que nada va a cambiar. Incluso lo pensamos de la fe cristiana y de la Iglesia. Olvidamos así que Cristo, en su muerte y resurrección, ya ha vencido al pecado y a la muerte, y que la fuerza de su vida nueva es imparable.

Jesús glorioso nos enseña e ilumina el camino de vuelta a Él. Los signos de la Pasión y el costado abierto del que mana el agua y la sangre nos hablan de la gracia que se derrama en la Iglesia a través de los sacramentos. No hay pecado suficientemente grande que pueda vencer al amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo, el Hijo”.

Esta declaración del Obispo de Guadix, D. Ginés García Beltrán, sobre la importancia del Mensaje de la Divina Misericordia, es muy apropiada para invitar a todos a la Fiesta de la Misericordia, que se celebra hoy, el domingo siguiente al de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

“Esta fiesta ha salido de las entrañas de Mi misericordia y está confirmada en el abismo de Mis gracias. Toda alma que cree y tiene confianza en Mi misericordia, la obtendrá” (nº

420, del Diario de Santa Faustina Kowalska, joven monja polaca, secretaria de la Divina Misericordia por encargo de Jesús).

Ante esta invitación, uno puede seguir consigo mismo, angustiado por el mal, o por el contrario, confiar en Jesús Resucitado y experimentar su dulce misericordia, enteramente gratuita, y la fuerza de la vida nueva.

“Las almas mueren a pesar de Mi amarga Pasión. Les ofrezco la última tabla de salvación, es decir, la Fiesta de Mi Misericordia. Si no adoran Mi Misericordia, morirán para siempre” (Diario, 965). Jesús nos pide que vayamos a la Fuente de la Vida: la Sagrada Comunión.

“El alma que se confiese y reciba la Santa Comunión obtendrá el perdón total de las culpas y de las penas. En ese día están abiertas todas las compuertas divinas a través de las cuales fluyen las gracias. Que ningún alma tema acercarse a Mí, aunque sus pecados sean como escarlata”. (Diario, 699).

El Papa San Juan Pablo II instituyó la Fiesta de la Divina Misericordia, resaltando que es importante que acojamos íntegramente el mensaje que nos transmite la Palabra de Dios este domingo.

Albacete participa en la beatificación de "La Canastera"

El 25 de marzo, la Pastoral Gitana de Albacete participaba en la celebración de la beatificación de los 115 mártires del siglo XX, que tuvo lugar en Almería. En este ramillete de testigos estaba Emilia Fernández, "La Canastera", una gitana buena.

Emilia, que aprende a confeccionar canastillas en el seno de su familia en Tijola (Almería), se casa muy joven, con Juan Cortés Cortés.

Son los tiempos de la guerra civil. Su esposo es llamado para participar en la contienda. Los dos al unísono se niegan tajantemente a que Juan vaya a la guerra. Como consecuencia de una negación reiterada, termina en la cárcel de "las Gachas Colorás", condenada a seis años de prisión. Allí aprende todo lo que puede. De la mano de su catequista aprende el rosario, aprende a rezar el rosario, aprende a descubrir a su Padre Dios. Precisamente por no delatar a la catequista que, con tanto cariño, le había educado en la experiencia de la fe, fue condenada a pasar un tiempo en una celda de aislamiento. En ese lugar tan inhóspito le llega el momento de dar a luz a su hija Ángeles, en una estera y sin otra ayuda que la de sus compañeras. Dos semanas más tarde fallece por la falta de la atención requerida en esos casos.

Desde el año 2017, año de su beatificación, Emilia es la mártir del Rosario.



23

dom

Retiro Pascua
Sanatorio Sta. Cristina
17 h.

Seguidoras y evangelizadoras: culminación del discipulado

FCO. JAVIER AVILÉS

En el momento crucial de la Pasión, cuando el desmoronamiento de los Doce llega a la traición (Judas), la negación (Pedro) y el abandono generalizado, Marcos repite por tres veces la presencia de unas mujeres junto a la cruz (Mc 15, 40-41), en la sepultura cuando lo entierra José de Arimatea (Mc 15, 45-47) y ante la tumba vacía y el desconcierto inicial que supone aquella oscuridad desierta (Mc 16,1-8). Es una reiteración demasiado evidente como para ser casual o meramente narrativa. Delata esta insistencia una convicción: en el desenlace de la vida, muerte y resurrección de Jesús, fueron aquellas mujeres las que estuvieron con él y, por ello, son las testigos privilegiadas de su verdadero significado.

Marcos nos da sus nombres: María Magdalena, María de Santiago y Salomé. Es más, en el primer cuadro de este tríptico de la perseverancia, en el calvario, el evangelista añade que un grupo de mujeres, entre las que estaban las mencionadas, «cuando estaba en Galilea, lo seguían y servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén». Luego, ya venían con Jesús y lo habían acompañado en su misión primera. Esta presencia es claramente la propia de las discípulas, pues lo siguen —van «detrás» de Jesús— y le sirven, colaboran activamente, participan, no son meras espectadoras. Todavía más, estas discípulas, que junto a los Doce y otros seguidores, forman la nueva «familia» de Jesús y, en cuanto comunidad de los que acogen y viven la palabra, son primicia del Reino, pasan a ser, en palabras de Xabier Pikaza: «culminación del discipulado», pues frente al desinfiere de los Doce, han llegado a la última etapa. Las que estaban de pie junto a la cruz, además del cálido y justo acompañamiento del que sufre, son también las únicas que luego podrán darle a la resurrección su verdadero alcance.

Además de ese camino recorrido, o precisamente porque lo han recorrido con una percepción más profunda y realista de lo que Jesús les proponía y del sentido auténtico de su misión, estas mujeres añaden a su fidelidad y generosidad una cualidad que les faltó a sus compañeros varones. Los apóstoles, en el relato de Marcos, tienen un inicio admirable, con una respuesta a la llamada de Jesús que sorprende por su determinación y desprendimiento: «dejando a su padre y las redes, le siguieron». Y, sin embargo, los reparos que los mismos apóstoles van presentando ante la crecien-

te complicación y entrega con las que Jesús afronta su misión, indican que no habían compartido todavía sus verdaderas motivaciones, su identidad con el Padre y su confianza de Hijo que se abandona a sus manos creadoras. Esta falta de «empatía», como hoy llaman a la compasión y la complicidad, no se da en las mujeres, al menos, nunca se las cita como parte de la decepción de Jesús con sus discípulos y, por el contrario, se constata por tres veces que están junto a Jesús, siguen en el camino, miran lo que ocurren, acuden hasta donde parece que todo ha terminado (la tumba) y acogen el anuncio que habrán de madurar, a pesar de su miedo inicial.

De este modo, aquellas tres mujeres y las otras que no se nombran, completan el verdadero itinerario del discipulado de Jesús. Además de responder con decisión a su llamada y de seguirle en su misión evangelizadora, los discípulos y discípulas de Jesús, para no interrumpir a medio y truncar su iniciación misionera, tendrán que descubrir la cruz, presentir el silencio de Dios y barajar cómo asumir que esa tumba está vacía, que al que enterraron en ella, espera en Galilea. La resurrección de Jesús en Marcos, al menos en su primer final (Mc 16,1-8), no es una imposición apabullante de vida y triunfo, sino una reedición de la llamada que espera una respuesta para desplegar toda su fuerza y vitalidad.

Merece la pena, aunque ahora sepamos que tras la perplejidad del primer momento, las mujeres de la mañana de Pascua transmitieron el mensaje esperanzador de la resurrección de Jesucristo, pararse a valorar quién puede remover la pesada piedra de la duda y el pesimismo, e incluso, ya descubierta la tumba vacía, sigue siendo pertinente sopesar qué supone la vida resucitada de Cristo, a qué nos llama, cómo seguirle. Sí, la vuelta a Galilea significa que ser discípulos del Señor exige sentir

continuamente la llamada y renovar todos los días la respuesta.



En el día del encuentro de la comunidad

En la primera lectura de este domingo segundo de Pascua vemos el fruto de la resurrección de Cristo en sus seguidores. Probablemente se trata de un modelo un poco idealizado, pintado con entusiasmo y aderezado con unas gotas de utopía. Son cuatro las columnas sobre las que se asienta este edificio espiritual: 1) *La enseñanza de los apóstoles*, porque no hay comunidad cristiana sin que Cristo sea predicado, conocido. 2) *La unión fraterna*, experimentada exteriormente en la comunión de bienes y en una importante igualdad socio-económica que brotaba de la unión de corazones y almas. 3) *La fracción del pan*, que así era llamada la Eucaristía, memorial de la Pascua de Cristo, a la que seguía una comida fraterna llamada *agape* (1 Co 10,11), como realización visible de la unidad y del amor postulados por la Eucaristía. 4) *La oración*, que, como era propio del mundo del que procedían los primeros cristianos, tenía probablemente que ver todavía con el Templo, aunque era vivida con el espíritu nuevo de quienes estaban unidos en un solo corazón (Hech 5,12).

La segunda lectura, tomada de la Primera Carta de Pedro y con las trazas de una extensa catequesis bautismal, canta la alegría del creyente, su regeneración bautismal como punto de partida para participar en plenitud de la salvación inaugurada en la resurrección de Cristo. Pero esta esperanza de fondo es muy realista; no ignora las estaciones de dolor y soledad que el creyente y la Iglesia misma deberá atravesar en su itinerario terrestre. Pero *“nosotros que amamos a Cristo, sin haberlo visto, que creemos en Él sin verlo”* no podemos dejarnos invadir por el desaliento. ¡Qué bien vendría a aquellos bautizados el recuerdo de Tomás, el discípulo que se resistía a creer, del que nos habla el Evangelio! Veámoslo.

Tomás es un personaje interesante. Uno no sabe si tratarle de solitario, de pesimista o de racionalista e incrédulo. Quizá fue las tres cosas a la vez, como tanta gente. Al final será sólo Toma el creyente. *“Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús”*. Le vemos como un hombre que ha empezado a vivir su fe o su oscuridad en solitario, por libre. La fe, la vocación, el seguimiento, es verdad, son en último término una decisión personal, pero la fe crece en la comunidad y necesita de la comunidad.

¿Por qué Tomás se había alejado del grupo? ¿Fue consecuencia de la decepción, de la desilusión? Había puestos tantas esperanzas en Jesús..., le habían visto realizar tales signos; su anuncio del Reino despertó tantas esperanzas en el corazón de los pobres y en el mismo corazón de Tomás que ahora, tras el trauma del Calvario, siente como si el mundo se hubiera derrumbado a su pies, como si ya nada tuviera sentido. *“Nosotros esperábamos...”*, decían los dos que caminaban a Emaús, también en retirada, mientras caía la tarde. Había sido aquello un golpe tan duro que, como todos los pesimistas, pensaba que allí ya no había nada que hacer.

¿Quién no se ha encontrado alguna vez en una situación parecida a la de Tomás? Recuerde de mis años jóvenes aquella mujer de la

parroquia, que había sido tan religiosa, pero que llevaba veinte años sin querer oír hablar de Dios ni de la Virgen, porque había perdido una hija en plena juventud. El hecho de mentarle yo discretamente a la Virgen provocó en ella un estampido terrible de dolor y de ira... De nada valían mis súplicas de perdón, mis manifestaciones de respeto a su conciencia herida. Pero aquel estampido la desbloqueó; la ira se fue trasformando en un llanto cada vez más dulce, hasta acabar besando con inmenso cariño mis manos, con una preciosa confesión de fe, como Tomás. *“Creo que llevaba años esperando esta hora...”*, me decía.

Los compañeros, exultantes de gozo, le decían a Tomás: *“Hemos visto al Señor”*. Pero a Tomás hasta le molestaba comprobar lo pronto que éstos se habían subido al carro de la ilusión. Él ni siquiera se fiaba de la vista, que a veces nos hace ver espejismos, o que, en momentos de delirios, nos hace ver fantasmas. *“Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en la llaga de su costado, no creeré”*.

“Ocho días después, estaban los discípulos dentro, y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio, y dijo: —Paz a vosotros. Luego dice a Tomás: —Trae aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente”.

Siempre en el día octavo, el día de la resurrección, el domingo, que es desde el tiempo apostólico el día del encuentro de la comunidad cristiana. La fe sólo se vive y crece en comunidad. Cuando nos desenganchamos, nos pasa lo que al bueno de Tomás, no vemos al Señor y quedamos presos de nuestros prejuicios.

Tomás acabará regalándonos un acto precioso de fe: *“¡Señor mío y Dios mío!”*. Es una bellísima oración para todos aquellos que caminan con sus dudas a cuestas o para los momentos oscuros en que parece que Dios no significa nada en nuestra vida tan materialista.

“Porque has visto has creído. Dichos los que no han visto y han creído”. Es la última bienvenida del evangelio. Ahora tendremos que descubrir a Jesús con otros ojos, los de la fe. Y cuando no veamos será bueno preguntarnos no sólo donde está Dios, sino dónde estamos nosotros. Que en este domingo de la Divina Misericordia, el Resucitado regale a todos los que dudan el don de la fe.

+ Querido Tomás

MONS. GIRIACO BENAVENTE
Obispo de Albacete



LA PALABRA

1ª: Hch. 2,42-47 | Salmo: 117
2ª: 1Pe. 1,3-9 | Evangelio: Jn. 20,19-31

Ramón Carrilero Martínez, director del Archivo Histórico Diocesano de Albacete

“El Archivo Diocesano posee una documentación de gran interés”

El Archivo Histórico Diocesano se encuentra en la sede del Obispado de Albacete. Una documentación que diariamente organizan y custodian Ramón Carrilero, como director, Mercedes Royuela, técnico de archivo y Antonio Jiménez, colaborador. Hablamos con ellos.

HOJA DOMINICAL. Ramón, ¿Qué es el Archivo Histórico Diocesano?

RAMÓN CARRILERO. El Archivo Histórico Diocesano es el órgano dependiente del Obispado de Albacete que contiene y conserva el fondo documental de la Diócesis. Pretende, por un lado, salvaguardar estos fondos del abandono y del olvido y, por otro lado, ponerlos al servicio de la propia Diócesis y del conocimiento e investigación.

Las fechas de esta documentación van desde finales del siglo XV hasta aproximadamente la década de los 30 del siglo XX. Se estructuró en 1975 con documentación exclusivamente parroquial pues la Diócesis de Albacete, al ser creada en 1950, no posee documentación histórica.

Nuestro trabajo engloba las tareas de organizar la documentación, instalarla adecuadamente y elaborar instrumentos de descripción (inventarios, bases de datos, catálogos, etc.) que favorezcan el acceso a la información que contienen.

H.D. ¿Qué fondos conserva?

R.C. La tipología que presenta la documentación del AHD en la actualidad es, fundamentalmente, de tres tipos:

Fondos parroquiales: Se trata en su mayor parte de libros sacramentales (libros de registro de bautismos, matrimonios y defunciones), pero también libros de fábrica y libros de cofradías, hermandades y misas testamentales. Esta documentación conforma el grueso de los fondos del archivo.

Fondos de vicarías y otros organismos supraparroquiales: Se trata de documentación perteneciente sobre todo a las Vicarías de Alcaraz y Yeste.

Fondo de documentación propia de la Diócesis: en su mayor parte perteneciente al siglo XX y generada como consecuencia de la actividad cotidiana de la misma.

Por último, existe un fondo bibliográfico que incluye una sección de biblioteca profesional (archivística y documentación), una sección de historia y arte de Albacete y, por último, una sección de bibliografía religiosa.

H.D. ¿Qué servicios presta?

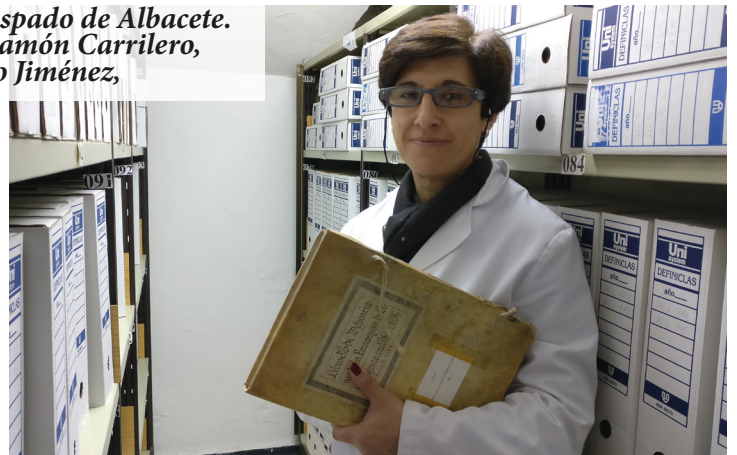
R.C. El AHD de Albacete presta principalmente servicio documental a la institución a la que pertenece que es la Diócesis de Albacete y, en concreto, a las parroquias que han depositado su documentación en él. Además, es un archivo de libre acceso y da los siguientes servicios a usuarios e investigadores: Información sobre el archivo y sus fondos, consulta en sala, consulta por correspondencia y correo electrónico y reproducción de documentos.

H.D. ¿Tiene alguna norma?

R.C. Tenemos una serie de normas de uso, como cualquier otro archivo, que nos permiten por un lado preservar la documentación y por otro atender adecuadamente a cada usuario. Sobre todo, estas normas son para la consulta en sala: cumplimentar fichas e impresos de consulta de documentos, respeto a la documentación en su manejo y normas de accesibilidad a la misma. También tenemos unas directrices básicas para la solicitud de documentación a distancia.

H.D. ¿Cómo hacer las consultas?

R.C. Hay dos formas de realizar las consultas. Una es presencial, en las instalaciones del Archivo (Sede del Obispado de Albacete, Calle Salamanca, 10, planta baja), donde el usuario puede informarse y cumplimentar un impreso de solicitud de documentación. Los investigadores pueden consultar en la sala la documentación solicitada y las personas que necesiten partidas sacramentales o certificados reciben su documentación una vez preparada. En cuanto a las consultas por correo, tanto postal como electrónico, se registra a su llegada y se prepara la documentación solicitada para su envío por correo postal. La dirección de correo electrónico de nuestro AHD es arhivohistorico@diocesisalbacete.org.



H.D. ¿Cuál es la mayor demanda?

R.C. Actualmente, la mayor cantidad de solicitudes que recibe nuestro archivo está relacionada con el interés en las genealogías familiares. Esta demanda va aumentando considerablemente año a año y requiere de la mayor parte de nuestros recursos tanto humanos como técnicos. Por otro lado, la investigación histórica que proviene de las Universidades y otras entidades culturales también requiere de nuestros servicios y de la consulta de los fondos documentales que custodiamos. En concreto para los estudios de Historia de la población en nuestro territorio, el Archivo Diocesano posee una documentación de gran interés.

Finalmente, nuestros fondos son fuente documental para la obtención de pruebas legales que avalan derechos ante la ley.

H.D. Un Archivo que vemos que cada más genera interés

R.C. Sí. El Archivo Histórico Diocesano es cada vez más consultado pero adolece de instalaciones adecuadas para ampliarlo con fondos contemporáneos que permanecen todavía en despachos y con documentación de parroquias que queda aún por transferir.

Por otro lado, los responsables de las parroquias tienen que mentalizarse de que tanto el Archivo Diocesano como el propio de cada parroquia, desempeñan también una función pastoral, pues contiene la historia de dimensiones importantes de la fe de los pueblos. Depositar en el AHD la documentación más o menos antigua de las parroquias garantiza su conservación.